

Mar de tierra

AMÓS MILTON

Mar de tierra



ALMUZARA

© AMÓS MILTON, 2022
© Editorial Almuzara, s.l., 2022

Primera edición: marzo de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial Almuzara • Colección Novela histórica
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Rosa García Perea

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18648-46-5
Depósito Legal: CO 362-2022
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Para Nené

Dedicado a Tomás López Lucena. In memoriam.

Nota del autor

Mar de Tierra (o mal de tierra): Fenómeno que puede suceder a los navegantes al pisar tierra firme, por el cual se tiene la misma sensación de inestabilidad que sobre la embarcación en alta mar, con la apariencia de que el suelo se moviera. Puede ir acompañada de mareo, vértigo y angustia.

Glosario de personajes

Estos personajes aparecen en la primera parte de *El abogado de Indias* y reaparecen en *Mar de Tierra*.

- NE SUNG: Padre de familia de un poblado situado al este de las playas de Dakar, Senegal. Cazado con red en la costa y hecho esclavo, sería embarcado hasta Cartagena de Indias donde un tratante portugués lo comerció al hacendista Antonio Vargas. Mientras la barcaza lo llevaba al barco negrero tuvo que contemplar cómo Kura, su hija de tan solo siete años, se hundía en el mar.
- VALLE (K'OOM en su lengua nativa): Indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta, en la actual Colombia. Líder natural del poblado de Teyuna. Su comunidad habitaba el Naciente del río Buritaca y estaba gobernada exclusivamente por mujeres; un pueblo intrínsecamente unido a la naturaleza y a los valores más puros y nobles.
- ALONSO ORTIZ DE ZÁRATE Y LLERENA: Alumno manteísta de la Universidad de Santa María de Sevilla. No tuvo acceso a una beca pues estas le correspondían a las castas privilegiadas: aristócratas, hacendistas o eclesiásticos. Fue el primero de tal condición en ganar el título de Doctor en Leyes en toda Sevilla. Desde entonces trabajó en el despacho que gestionaba su tío a pesar de no contar este con título ni estudios de abogacía. Fiel a sí mismo y a unos

principios inquebrantables, pudo ayudar con su buen tino a muchos personajes en cuitas legales reales, históricas, como el caso de Heleno de Céspedes, acusado por la Inquisición de ser hermafrodita, o el caso de Cervantes por deudas a la Corona. En su hacer profesional siempre se ve envuelto en problemas con una burocracia arrogante y corta de miras. Alonso habrá de abandonar Sevilla precipitadamente cuando intenta poner distancia con su amada Constanza, pues esta, sin ni tan siquiera tener noticia de ello, se ha de casar con su primo Andrea Pinelo en un matrimonio concertado por la familia. Es entonces cuando Alonso decide huir a Cartagena de Indias.

- FERNANDO ORTIZ DE ZÁRATE: Padre de Alonso. Se consideraba a sí mismo como el letrado más reputado y temido de todo Cartagena de Indias. Sí, se había hecho un nombre y era poderoso, así como también un arrogante e insensible clasista que despreciaba y abusaba de sus sirvientes. Hubo de dejar Sevilla, familia y despacho debido a una serie de graves corruptelas. Pero ninguna de sus malas artes se le suponían en el Nuevo Mundo en donde había comenzado cuando Alonso parte a su encuentro.
- DIEGO ORTIZ DE ZÁRATE: Exmilitar de los tercios viejos de Castilla, herido en Amberes. Heredó el despacho de su hermano Fernando cuando este hubo de abandonar España precipitadamente para no acabar enjuiciado y en prisión. Diego, con unos sólidos principios morales y con su buen hacer, a pesar de no tener estudios legales, será un referente constante en el abogado que es Alonso.
- DOÑA BEATRIZ DE LLERENA: Madre de Alonso, mujer trabajadora y de voluntad férrea, entregada a su hijo y a ayudar a los demás. Colaboraba asiduamente en el despacho familiar leyendo los pliegos oficiales a los analfabetos (gran parte de la población lo era por entonces) y también dedicaba jornadas enteras a cuidar a los enfermos del Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla, donde comenzaba a destacar su brillante personalidad cuando se desató una epidemia de peste bubónica.

- LOS AMIGOS DE ALONSO: Principalmente estudiantes de leyes como él, los manteístas Martín Valls y Luis de Velasco. Pero es con Andrea Pinelo, el más joven de una dinastía de genoveses afincados en Sevilla, prestamistas de los Reyes Católicos, con el que se abriría a la vida y compartiría noches de ronda y amistad. En un corral de comedias del Campo del Príncipe de Granada, Alonso conoció a la bailaora Carmen. Pero Carmen era un espíritu libre, una «lozana andaluza» que no quería ningún tipo de relación que la atara y le rompa el corazón en mil pedazos.
- CONSTANZA: Constanza de Gazzini es la rica heredera de un imperio de comercio de seda. Sobrina de los Pinelo y prima hermana de Andrea. Quedó huérfana a los doce años tras la muerte de su padre en una emboscada e ingresó en el convento sevillano de San Clemente donde la educaron. Los Pinelo velan por ella y sus asuntos de finanzas. Los legales los atiende Alonso buscando siempre el bienestar de la chiquilla. A los quince años, Constanza es toda una espléndida mujer, y durante unas vacaciones en Sanlúcar de Barrameda inician una apasionada relación amorosa que mantendrán en secreto. Alonso ni se despedirá de ella al huir hacia el Nuevo Mundo.
- EL HACENDISTA ANTONIO VARGAS: Encomendero solitario, amo despótico, injusto y cruel. Será el dueño entre otros esclavos de Ne Sung. Para él, el fin justifica los medios y no le importa maltratar esclavos, indios y sirvientes para conseguir sus objetivos. Sus triunfos son siempre sucios y destaca por el poco respeto al sufrimiento y al dolor de la vida humana, siempre y cuando no sea la suya.
- HELENO DE CÉSPEDES: El individuo más atractivo jamás visto por Alonso. Nació en Alhama de Granada y fue sastre, médico y cirujano. Tuvo que defenderlo en Sevilla en un pleito de la Inquisición donde lo acusaron de hermafrodita. El juicio contra Heleno de Céspedes quedó clavado en el alma de Alonso a pesar de haberlo ganado. Tras él, «Su vida de adulto se acababa con un inesperado bofetón, dejando atrás la juventud, la inocencia y la alegría».

Este estado de ánimo y el hecho de que su amor, Constanza, fuera a casarse con Andrea, su mejor amigo, fueron los detonantes que impulsaron a Alonso a embarcarse en una nueva aventura de *El abogado de Indias*, la de llegar a un Nuevo Mundo.

(Glosario de personajes realizado por Elisa Fenoy Casinello)

Prólogo

Normalmente un prólogo habla del libro en cuestión, pero en este caso considero fundamental escribir además unas palabras de su autor. No se puede entender un libro en profundidad si no conoces algo de quién lo ha escrito.

Un proyecto empresarial, un negocio, hizo que un buen día el camino de Amós se cruzara con el mío. Ya de esto hace muchos años. El negocio fue mal, perdimos todo el dinero, pero gané un amigo, o sea, gané.

Amós es un andaluz en mayúsculas, un emprendedor con mucho arte, multifacético, todo lo que hace, lo hace con pasión, empresario, escritor o cultivando la amistad.

Es totalmente imposible no leerse sus libros si le conoces a él en persona, pues sabes que de sus escritos saldrán historias increíbles llenas de inteligencia.

Este es el caso del este libro, *Mar de Tierra*, donde narra la historia de un abogado anónimo que defendió de forma totalmente altruista a Don Miguel de Cervantes para sacarlo de la cárcel por unas deudas que había contraído.

Como sucede en el efecto del aleteo de una mariposa que puede provocar cambiar el rumbo del mundo, si no hubiera existido un abogado que estimaba su profesión cumpliendo su código deontológico, no hubiera sacado a Don Miguel de la cárcel, y consecuentemente, no se habría escrito la obra universal por excelencia, *El Quijote*.

No hace mucho tiempo, tuve la mala suerte de ir a la prisión, por injustos motivos que ahora no vienen a cuento, y allí conocí «el lugar donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación», tal como Don Miguel la definía. Efectivamente así es la prisión, y especialmente para mí, lo peor eran los ruidos, y concretamente el ruido que hacían las puertas de hierro de las pequeñas celdas que se cerraban y abrían varias veces al día. En la cárcel no necesitas despertador, la puerta te despierta bruscamente, cada día.

Pues bien, *Mar de Tierra* me transporta a mis días de encierro, donde viví en primera persona la relación de los presos con los abogados. Son tus compañeros de viaje, son tu altavoz con el mundo exterior, y la persona a la que te agarras como hierro ardiente para ser escuchado, especialmente por aquellos que te acusan.

Hoy, para ser defendido, necesitas recursos, y para ser muy bien defendido, necesitas muchos recursos. He visto en la cárcel, como algunos abogados de oficio, no defendían a su cliente por no tener recursos, incumpliendo su juramento profesional, y solo aparecían para ganarse la tarifa marcada por ley sin esforzarse lo más mínimo en conocer si el preso era o no culpable. Simplemente, pactaba una pena con el fiscal de turno para liquidar cuanto antes el caso, llegando a una conformidad, que el pobre preso, (pobre, aquí se refiere a dinero, no a pobre hombre) debía aceptar antes de pudrirse allí sin otra alternativa. Por suerte para todos nosotros, también existen aquellos abogados solidarios, humanos y profesionales que hacen el trabajo de oficio de manera impecable. Pero a mí, me ponía muy nervioso ver la actitud de los otros, aquellos abogados faltos de ética.

Siempre he pensado, en un mundo ideal de justicia democrática, que los pactos judiciales, las conformidades, no deberían estar permitidos por ley, a modo de una negociación persa. Si has cometido un delito, hay que pagar por él en su justa medida, si no lo has cometido, libertad, pero nunca negociar con las faltas.

Nuestro abogado, el abogado de *Mar de tierra*, fue el compañero, el salvador, la voz de Don Miguel, porque era un hombre de principios, y muy profesional, cumpliendo con su promesa de defender a quien pudiera necesitarle sin mirar su condición eco-

nómica... quizás en este caso si miró la condición literaria de su cliente, Don Miguel, pero en este caso se lo pasamos por alto, pues sin ello, nunca habiéramos conocido la vida de *El Quijote*.

Si estáis leyendo estas líneas, significa que vas a leer lo que viene después, que es el último libro de mi amigo Amós. No pretendo en modo alguno hacer spoiler sobre la obra que tienen entre manos, pero si les aseguro que *Mar de tierra* les hará vibrar. Seguramente que lleguen a sentir asco, cariño, pasión o pena por algún personaje, escena o situación, puede que hasta se emocionen o incluso lloren, pero... al fin y al cabo, ¿qué es lo que esperan de una buena novela?

Creo que leer *Mar de tierra* es una muy buena decisión, sólo comparable a practicar deporte y/o asistir a un partido del F.C. Barcelona. Estas tres actividades, leer a Amós, deporte y Barça tienen en común que producen adrenalina en nuestro organismo, sustancia que como todo el mundo sabe, te hace sentir bien, muy bien...

Felicidades por los buenos momentos que vais a pasar.

Un fuerte abrazo.

Sandro Rosell

Ex Presidente del F.C. Barcelona (2010-2014)

Ex presidiario (2017-2019)



Cartagena de Indias en el Siglo XVII

1

A bordo del galeón Santo Domingo.
En algún punto del Océano Atlántico.

Alonso Ortiz de Zárate no consigue pegar ojo. Y así van ya muchas noches desde que partiera, hace casi tres meses, de su Sevilla natal. Mecidos por las olas, el crujir de las cuadernas de la nave no encubre la conversación de sus compañeros de camarote. Hablan de las inagotables oportunidades de conseguir oro y plata que les aguardan. Los sueños, preñados de ambición, dan rienda suelta a sus lenguas. ¡El *Nuevo Mundo!* Pareciera que el maná fuera a caer allí del cielo que ahora los ve navegar.

La proximidad del mar Caribe y el mal olor empiezan a hacer asfixiante aquel cubículo sin apenas ventilación, donde solo hay espacio para cuatro hamacas asidas por sus extremos al maderamen del barco. Cansado de voltearse sobre su cuerpo, decide prestar atención a aquella inagotable letanía de susurros en un vano intento de escapar de la angustia que lo consume. Un comerciante está interrogando a otro por el precio que cree podrá pedir por los paños de tafetán y brocados que transporta en la bodega. El otro le responde que tal vez treinta o cuarenta veces el valor que tenían al embarcarlos. El primero se sonríe, apretando los labios en amago de no confesar la cifra, pero la vanidad lo embarga. Sorbiendo otro trago de vino de la botella que han ido vaciando, señala hacia la litera que ocupa Alonso y, con el índice sellando sus labios en señal de complicidad, al final reconoce:

—¡Más! —sisea entre dientes, henchido de ego—. ¡Al menos cien veces! ¿No ves que son tejidos italianos? ¡Propios de reyes! Todo provechoso para sus majestades los indianos. ¡Todo provechoso! —afirma intentando contener una carcajada.

—¿Y las mujeres? —le replica el otro, excitado—. ¡Hay tantas que sólo tienes que *coger* una para fornicar! ¡Dicen que huelen a gloria y que no tienen ni un pelito en todo el cuerpo! Estoy deseando desembarcar y montarme a la grupa de una de esas indias. Lo tendremos todo al alcance de la mano, ¡como fruta madura!

Alonso deja súbitamente de atender a la soez conversación, pues otro de aquellos pensamientos irrumpе bruscamente en su cabeza, apoderándose por completo de su ser. Se reiteran constantemente. Siempre están ahí: a cada despertar, con cada puesta de sol, como un cancerbero fiel, martillando su cabeza, oprimiéndole la respiración. Apenas si escucha las mal disimuladas risas de sus compañeros, pues una inmensa rabia le hace morderse el labio inferior con tanta fuerza que el dolor lo proyecta hacia la figura de su tío, el tutor que suplió a su padre cuando este los desamparó. La persona que jamás le falló y a la que él abandona en Sevilla. A don Diego le han impedido de manera repentina y fulminante ejercer la profesión de abogado con la que dignamente se ganaba la vida. Una serie de entramados y envidias le han privado del derecho a trabajar. Y él, Alonso, la persona en la que había depositado todas sus esperanzas, lo ha dejado a su suerte.

No consigue apartar de su cabeza el rostro desencajado de su tío, atónito, incrédulo, resentido; despidiéndolo sin tan siquiera darle un abrazo ante la puerta del que fuera su común despacho en la calle del Aire de Sevilla.

La memoria se revuelve y le vomita otro recuerdo: el de su madre conteniendo las lágrimas mientras introduce en su petate, con gesto desgarrado, el estuche que contiene una navaja de afeitar de acero toledano. La misma que le regaló el día en el que se convirtió en el primer alumno no becado Doctor en Derecho por la universidad de Sevilla.

Más recuerdos, más dolor.

Da una vuelta. Otra. Finalmente se recuesta tratando de dar la espalda a una conversación que no cesa, al olor putrefacto, a la

asfixia. El diálogo que ahora escucha se ralentiza. O al menos eso le parece. Es como si el efecto del vino hubiera provocado que las lenguas de los mercaderes fueran más densas, más pastosas.

Y lo que viene a hostigar su mente ahora, inmisericorde, es su más hondo pesar, el más triste infierno de su existencia. La injusticia plena. Plena como la luna que vio nacer su amor, ahora perdido, una noche de San Juan en las playas de Sanlúcar de Barrameda. Intramuros de un convento sevillano languidece el sentimiento más puro, el de Constanza; la niña monja que, por esas fechas, debe encontrarse leyendo una dispensa papal que le permite contraer matrimonio con su primo hermano. Imagina a la abadesa del convento de San Clemente entrando en la celda de la novicia para entregarle una carta firmada por Su Santidad, el mismísimo papa de Roma, que prácticamente la obliga a casarse con su primo Andrea Pinelo. Solo que Andrea es, además, el mejor amigo que Alonso jamás haya tenido. Su hermano de alma.

Los compañeros de travesía se miran con estupor. De la garganta de ese hermético muchacho ha brotado un extraño y gutural lamento mezcla de desesperación e impotencia; creen incluso adivinar que ha dado un fuerte puñetazo a una de las cuerdas del camarote. Instintivamente, trocan la conversación por un intento de silencio que es quebrado por la sorda contención de unas risas de mofa que no pueden evitar. Ese chico les produce un sentimiento mezcla de vergüenza y pena. Transmite una tristeza impropia de la ilusión de todo aquel que emprende la Carrera de Indias.

No sabe cómo huir de su propio vacío y se sume en un nuevo pensamiento, quizá el único istmo que lo une a una mínima esperanza de vida y que es el motivo por el cual se encuentra ahora embarcado en ese galeón: su padre. ¿Y quién es su padre al fin y al cabo sino un desconocido? Los abandonó a él y a su madre cuando tan solo tenía nueve años. En un principio le mintieron. Parecía que, como tantos otros, hubiera partido a hacer fortuna en el Nuevo Mundo. Pero luego descubrió que no fue así; que huyó porque no respetó las reglas del juego, que amañó y falsificó pruebas de un proceso judicial en beneficio de un cliente... que cayó en desgracia.

Y aquel individuo es ahora su único motivo para seguir con vida, para no arrojarse por la borda de la embarcación que en esos momentos acaricia el mar océano y acabar en su fondo cristalino. Se imagina sintiendo cómo el agua va envolviendo su cuerpo, abrazándolo, arrojándolo, para nunca más emerger.

Para nunca más sufrir.

2

*Bendita sea la luz, y la Santa Veracruz.
Y el Señor de la Verdad, y la Santa Trinidad.
Bendita sea el alma y el Señor que nos la manda.
Bendito sea el día y el Señor que nos lo envía.*

El tiempo transcurre y un nuevo amanecer lo acecha, inexorable. No sabe en qué momento se quedó dormido, pero acaba de escuchar la primera cantinela religiosa de la mañana, la que recita el grumetillo con gesto destemplado, puño en el mentón, dando otra vuelta de ampolleta al reloj de bitácora. La hora prima ha anunciado (las seis de la mañana) aunque la claridad que se filtra a través de la madera mal ensamblada del camarote delata que el chiquillo ha podido quedarse dormido durante la noche o no ha estado demasiado atento a la arenilla de la ampolla.

Mientras se evapora el rocío de la mañana va armándose poco a poco el oficio religioso y comienzan a escucharse apuradas pisadas sobre la cubierta.

Sin moverse del jergón, desentumece huesos y músculos preparándolos para otra jornada de tedio y olvido. Dentro del reducido y agobiante espacio, denso de humedad, resulta imposible no escuchar los ronquidos acompasados de sus compañeros que, ahora sí, duermen a plomo. Percibe el primer rayo de sol besándole el rostro y cómo su calor le incomoda el sueño. Necesita huir urgentemente de aquel rancio agujero. Lo terrible es que, en cuanto salga y transcurran unos minutos a la vista de la tripulación, tampoco

soportará estar en cubierta y necesitará regresar de nuevo a refugio de miradas y comentarios. Al abrir la portezuela sitúa instintivamente una mano en la frente. Sus ojos, secos de lágrimas, se entrecierran al impacto de un sol inclemente. Al tiempo, una fragante brisa le roza el rostro. Los pulmones se le cargan de aire. El justo para seguir sobreviviendo.

El oficio religioso ya está instalado, y frente al sacerdote se van arrodillando todos por igual: carpinteros, marineros, maestros, cirujanos, despenseros, cocineros, capitanes, pilotos y demás gente de mar. Únicamente un pequeño retén queda al gobierno de la embarcación que avanza hinchando pesadamente las velas. Doscientas sesenta y tres almas rezan al unísono el padrenuestro, el avemaría, el credo y el canto de la salve marinera. No viaja ninguna mujer a bordo del galeón Santo Domingo. Hincado de rodillas, uno más sobre la cubierta, Alonso implora a Dios que le dé algún motivo para seguir con vida.

Tras el acto de contrición se inicia en la nave una creciente actividad. Algunos comen algo: un bizcocho, una galleta, ajos, una sardina salada... Los marineros se lavan la cara y las manos con agua del mar que suben con cubos desde la borda. La mayoría ha pasado la noche en cubierta, al abrigo de alguna estera o manta, cuando no con el único calor del cordaje. El capitán está ya al frente de las tareas, supervisando las operaciones de achique del agua que haya podido entrar en el barco durante la noche anterior. Algunos miembros de la tripulación suben y bajan de las escalas agitando las velas para que el rocío se despegue más rápidamente; otros se afanan en reparar algún aparejo, limpiar la nave, trepar por los palos o confeccionar cuerda nueva con cabos viejos. Tres o cuatro hacen impaciente cola sobre los *jardines*: una especie de tablilla desplegable que da directamente al mar y desde la que todos, sin excepción —capitanes, sacerdotes, militares y grumetes— evacúan sus necesidades sin discreción alguna.

Alonso ha comido tan solo un trozo de pan con carne seca de vaca y uvas pasas. Permanece unos minutos observando la estela de la embarcación, pero el recuerdo de lo que deja atrás le hace saltar como un resorte. Cansado, aburrido de deambular por cubierta, de fijarse en cada mínima tarea, se dirige de nuevo a

su camarote, dejándose caer pesadamente sobre el jergón. Allí al menos no tiene que disimular su angustia. Saca un tomo de derecho, hace como si lo leyera pero lo mete nuevamente en el petate en el que guarda sus únicos enseres. Toma otro volumen, esta vez es el ejemplar de *Los seis libros de la Galatea*, la novela que le regaló un pobre infeliz al que defendió en un litigio. Lo abre y lee la dedicatoria que el autor le firmó en la primera página:

*Es en las desventuras comunes donde se reconcilian
los ánimos y se estrechan las amistades.
Miguel de Cervantes Saavedra.*

Sofocado, trata de despegar un poco el traje togado de su cuerpo, pero la humedad hace que se le adhiera nuevamente. La proximidad del mar Caribe se va haciendo notar y él lleva meses sin poder asearse con agua dulce, sin cambiarse de ropa. Se recuesta resoplando. La sangre le hierve, el alma le escuece. Es aún muy de mañana, tiene toda una jornada de languidez por delante para intentar evadirse, olvidar, no consumirse, no morir lentamente... aunque sabe que no lo conseguirá.

Está solo en el camarote. Fuera se escuchan voces confusas y poco a poco se sume en un inquieto letargo. Los sonidos de los aparejos se van fundiendo como un eco dentro de su cráneo y rebotan mezclándose con las órdenes de los oficiales, con las quejas silenciosas de los marineros, con los martillazos de los calafates, el crujir del velamen...

Todo así, meciéndose al vaivén de las olas que golpean contra la amura de la nao. Todo así, hasta que un profundo sueño, producto del agotamiento, comienza a envolverlo.

Todo sí, así, hasta que resonó aquel tremendo cañonazo. Y entonces el mundo se estremeció.